

Notas y reflexiones del 2020 sobre acompañar el regreso de los estudiantes a los edificios escolares

Patricia Maddonni, Marcela Ferreyra, Noemí Aizencang

Hace ya unos cuantos meses que nuestras cotidianidades quedaron trastocadas y en suspenso. Un real se impuso de manera vertiginosa, cayeron varias de las estructuras y esquemas que organizaban nuestras vidas y sobre todo el mundo escolar. La pandemia dejó al descubierto las injusticias y fragilidades producto de un sistema capitalista que naturaliza y genera desigualdad

Al igual que toda la humanidad atravesada por una enorme incertidumbre, las escuelas transitaron un primer tiempo de excepcionalidad, de suspensión de la presencialidad y del arribo a un entorno virtual sin la necesaria preparación. Se tuvo que salir rápidamente a armar estrategias y dispositivos para poder sostenernos y sostener a miles de niños, adolescentes y jóvenes. Las instituciones educativas se vieron envueltas en la enorme travesía de estar presentes y de llevar las propuestas pedagógicas a las casas. El Estado por su parte, intervino con una multiplicidad de recursos como programas de televisión, de radio y la distribución de materiales educativos impresos. Las *tareas* un tanto desordenadas, en un primer tiempo fueron el medio más directo para sostener la ilusión de que la continuidad pedagógica en tiempos de pandemia era posible. Todo esto no fue sin consecuencias; sobrecarga de trabajo, agotamiento, sensaciones contradictorias, confusión, enojo, miedo. A la sobrecarga en el trabajo de muchas docentes, la mayoría mujeres, se sumó la desorientación, excesos y frustraciones de estudiantes que veían de golpe la necesidad de ser autónomos, cumplir con gran cantidad de ejercitaciones pero sin ese espacio de enseñanza por parte de maestrxs y profesorxs, y de la interacción con sus pares.

Al poco tiempo esta situación demostró la centralidad y lo irremplazable que es la escuela en tanto espacio subjetivante y de producción de situaciones de enseñanza que en el encuentro con otros y otras posibilita el pensamiento crítico, reflexivo e interactivo, más allá de los contenidos o temas. Muchos especialistas, organizaciones sindicatos y el propio gobierno nacional y los gobiernos provinciales salieron a pronunciarse sobre la relevancia y la imposibilidad del reemplazo de la escuela como del papel crucial de los docentes.

Advino un segundo tiempo, que sin dejar de lado la incertidumbre y la excepcionalidad, ubicó la jerarquía en una política del cuidado - cuidar y cuidarnos, no solo de un virus, sino de aquello que sentimos, que nos amenaza, del miedo a la muerte, a las pérdidas, a la angustia por los cambios y los desórdenes cotidianos. Los afectos y emociones, siempre presentes en el acto de educar, cobran una relevancia central. Aunque los cuerpos provisoriamente se ausentan, los equipos docentes y los profesionales que acompañan se hacen presentes desde las voces, la mirada, la escucha. Un tiempo donde prima el estar

cerca, acompañar, bajando la omnipotencia que pretende enseñar del mismo modo que en la presencialidad, entendiendo que algunos contenidos tal vez quedarán para un después.

De este modo, las escuelas se movilizan buscando las formas de conectar a todos y a cada unx, usando diversas estrategias, aprendiendo a usar plataformas, utilizando cadenas de mail, grupos de Whatsapp, o imprimiendo materiales para llevarlos a las escuelas o centros el día que muchas familias van en búsqueda de alimentos. Innumerables llamadas telefónicas para comunicarse con estudiantes y sus familias; con preguntas que abren un diálogo y que recuperan la inquietud por el cómo están?, que necesitan? cómo se sienten? La pregunta por los niños y adolescentes que las escuelas saben, no siempre la pasan bien en sus hogares, porque el maltrato y la violencia no dejan de estar presentes en estos días, no hacen pausa y en muchos casos se agrava.

Lo pensamos como un tiempo de un “mientras tanto” que fundamenta más que nunca la función subjetivante y social de las escuelas, su sentido y vitalidad. Referimos a ese acompañamiento construido sobre relaciones y entramados que las escuelas, aún en tiempos de emergencia, mantienen por su compromiso histórico de transmitir cultura y enlazar a los sujetos a través de propuestas que enseñan y cuidan.

Escuelas que acompañan a las familias, ponen a disposición recursos simbólicos para poner velo a una realidad difícil de asimilar, para que los niños, adolescentes y jóvenes puedan representarse a sí mismos, encontrarse con sus sensaciones y temores en lugar de quedar arrasados por las circunstancias. Un entretejido que renueva su apuesta en estos días difíciles.

Esto nos reafirma en la postura que venimos abordando antes de la pandemia, sobre el mundo de los afectos y emociones en el espacio escolar. La experiencia social inédita que hoy transitamos nos afecta como marca, nos ubica en el plano de las relaciones con otros, en la necesidad de enlazar, de dar trato a nuestros sentimientos y emociones, con una complejidad imposible de reducir a una “habilidad emocional” que se tiene o se educa.

Enlazamos cuando nos detenemos y atendemos a nuestra afectividad en tanto eso que nos pasa, como sujetos de un colectivo social e histórico. Una afectividad que se despliega entre equipos docentes, estudiantes y familias, en los encuentros y desencuentros con los otros, en los conflictos que allí tienen parte y en los sentimientos ambivalentes que cada uno/a vivencia. Queremos estar con los otros, los extrañamos, pero también nos encontramos con el malestar irreductible e inherente al lazo social que frente a esta contingencia se torna más visible. Se intensifican los miedos, las posibilidades de contagio, el temor a las pérdidas. Sentimientos en los que están envueltos tanto estudiantes como docentes.

El respeto por aquello que sentimos supone una mirada amplia que contempla las diversidades, una escucha atenta a las singularidades, sin juicios de valor ni sanciones, que abre oportunidades a la elaboración y a la reparación del dolor social y de las pérdidas vividas. Claramente nos distanciamos de enfoques que conciben a los afectos como susceptibles de ser objetivados, medidos, cuantificados. Propuestas que apuntan a la

regulación emocional en tanto habilidad individual, sustentada en un modelo de sujeto sin contradicciones ni ambivalencias, en el que es posible saber y decir claramente qué y cómo nos sentimos.

En nuestra vuelta a las escuelas, habrá que construir un tercer tiempo que ya nos está convocando como adultxs, docentes y profesionales del campo de la educación. Tal vez los enormes esfuerzos que hoy toda la comunidad educativa está realizando nos permitan avanzar en el armado de situaciones pedagógicas en las que la afectividad y las emociones puedan circular y expresarse. En las que volvamos a repensar esos vínculos entre escuela, familia, afectividad y conocimientos. Para ello, proponemos producir espacios para la conversación, la elaboración, la escucha atenta que permita restituir e incluir lo que duele, lo que se perdió, lo que aún molesta para hacer con eso otra cosa; nombrarlo, bordearlo, enlazarlo, ponerlo a jugar, armar relatos, imaginar acciones, crear narrativas colectivas.

La vuelta a las aulas tras el tránsito por esta experiencia impensada puede encontrarnos más fortalecidos, con nuevos saberes o con otras perspectivas para revisar la enseñanza. Pensemos con seriedad qué lugar habilitamos para el trabajo con los afectos, los saberes y las emociones de lxs estudiantes y también de lxs docentes en el marco de lo escolar.

La pandemia podrá relacionarse con la enseñanza, analizando aquellas desigualdades que puso en evidencia y habilitando las voces de los estudiantes para que sus palabras sobre los sentires y emociones circulen. Lxs docentes están acumulando un enorme saber y tienen por delante el desafío junto a otros actores sociales de abrir un debate y poner de relieve en forma colectiva sentidos en pos de construir nuevas experiencias de enseñanza, cuidado y afectividad.

Noviembre del 2020